

Las ciudades como patrimonios bioculturales

Cuvi, Nicolás

2015

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3747>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>





LAS CIUDADES COMO PATRIMONIOS BIOCULTURALES

Fotografía: John Solaro

Nicolás Cuvi

Doctor en Historia de las Ciencias por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es profesor investigador en el Departamento de Desarrollo, Ambiente y Territorio de FLACSO, sede Ecuador. ncuvi@flacso.edu.ec

Hace tres años comencé a investigar la historia y la situación actual de la biodiversidad en el centro histórico de Quito,¹ desde la historia ambiental urbana y la ecología urbana. Había comenzado esa investigación motivado por una convocatoria del Instituto Metropolitano de Patrimonio (IMP), la cual invitaba a repensar lo enfatizado y olvidado en relación con la declaración de Quito como Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO en 1978 (IMP, 2013). Llamó mi atención que en dicha convocatoria nada se decía sobre lo ambiental o la naturaleza; se entendía el patrimonio material e inmaterial solamente como edificaciones, historias y cultura. Por ello, como una provocación, propuse investigar la biodiversidad del centro histórico de Quito, argumentando que era importante reconocer y apreciar la naturaleza asociada con ese espacio patrimonial para integrarla en la planificación y gestión, mejorar la calidad de vida de los habitantes del centro, dar valor agregado al producto turístico y promover la resiliencia urbana.

¹ El centro histórico de Quito y alrededores comprende 376 hectáreas de protección edificada y 230 hectáreas de superficie de protección natural (Dirección Metropolitana de Planificación Territorial, 2006, citado en: FLACSO Ecuador y PNUMA, 2011: 150). Este territorio incluye el núcleo urbano colonial y sus áreas verdes circundantes.

Fue entonces que encontré la idea de “patrimonio biocultural” propuesta por la Red de Etnoecología y del Patrimonio Biocultural de México (REPB), entendido como el traslape de diversidad biológica, diversidad cultural o lingüística y agrobiodiversidad “en territorios bien definidos del país, y cuyos actores principales, más no únicos, son los pueblos indígenas y sus comunidades” (REPB, 2015). La idea resultó un adecuado paraguas y bastón conceptual, un ancla teórica para repensar el espacio y, desde allí, cuestionar la asociación de lo urbano patrimonial únicamente como “cultural”, enfoque insuficiente para enfrentar los retos de las ciudades en el siglo XXI.

Patrimonio biocultural: el traslape de diversidad biológica, diversidad cultural o lingüística y agrobiodiversidad “en territorios bien definidos del país, y cuyos actores principales, más no únicos, son los pueblos indígenas y sus comunidades”.

El concepto de patrimonio biocultural fue congruente para acunar y anudar los resultados históricos y actuales sobre la biodiversidad y sus interacciones con la cultura en un contexto urbano, ámbito poco explorado desde el enfoque biocultural. Y también como invitación a tender puentes semiótico materiales hacia lo biocultural, para rescatarlo y visibilizarlo, aportando a (re)construir la memoria biocultural (Toledo y Barrera-Bassols, 2008); para pensar en las ciudades como territorios que podrían albergar modos de vida sustentables, integrando creencias, saberes y prácticas locales, y de paso tender a disminuir la huella ecológica en los territorios periurbanos, rurales y silvestres donde ocurre la apropiación de materiales y energía, a veces con erosión o amenazas de erosión de otros patrimonios bioculturales.

Conviene aclarar que no se cuestionó si la ciudad debe o no debe existir. Si bien el hecho urbano no es irrefutable, y es tan complejo y diverso como ciudades hay en el mundo, quise rechazar de entrada dicotomías como cultura/naturaleza, campo/ciudad, derecho a la ciudad/derechos de la naturaleza. No partí de un antagonismo sino de la necesidad de pensar una ciudad (actual y futura) en la cual sea relevante la biodiversidad. Más que confrontar posiciones anti-verde-urbano, me pareció necesario reforzar los aspectos positivos en un marco de propuestas que invitan a transitar hacia ciudades sustentables con la biodiversidad como actor crucial (véase, por ejemplo, Pickett, Cadenasso y McGrath, 2013), que consideran que en la ciudad “sociedad y naturaleza, representación y ser, son inseparables, integrales entre sí, infinitamente unidas”, aunque no sin contradicciones, tensiones y conflictos (Swyngedouw, 1996).

Tampoco quisimos adentrarnos demasiado en la complejidad de valores sobre la naturaleza, especialmente los negativos, como los desplegados por personas a quienes el verde y la fauna silvestre les quitan la sensación de control y seguridad,

o aducen malestar ante los cantos de aves, los olores de flores, las raíces y hojas de árboles (en sus copas o caídas), y sobre todo ante arañas, avispas, hormigas, gusanos. O piensan que las plantas son sucias, peligrosas, guarida o escondite de criminales, inapropiadas para el paisaje urbano. Ante esas percepciones es posible contraponer la densa evidencia –científica e intuitiva– de que la biodiversidad urbana tiene efectos positivos en las funciones cognitivas, eficiencia cardiovascular, estrés, sanación, climatización (hacia el frío o el calor), calidad del aire, prevención de inundaciones, captura de carbono, protección ante el sol, lluvia y ruido, mejoramiento de relaciones comunitarias, reducción de agresividad entre vecinos, reducción del crimen, recreación, inspiración artística, belleza, enriquecimiento estético, prevención de accidentes de tráfico, protección de peatones (Chiesura y Martínez-Alier, 2011). La biodiversidad da pertenencia al territorio, sirve para el turismo y genera empleo en actividades de preservación y gestión. Sin mencionar los efectos positivos de la agricultura urbana.

Con esas ideas en mente rastreamos informaciones históricas y actuales sobre flora y fauna, recorrimos plazas, patios y jardines públicos y privados, quebradas y otros espacios, con el ojo puesto en árboles, aves, huertos, y con las y los moradores de tres barrios realizamos un mapeo/recreación de la biodiversidad actual e histórica, dibujándola y hablando sobre ella.² Los resultados fueron amplios y enriquecedores. Aquí me concentraré en la parte relacionada con árboles y sitios arbolados, entendiendo que a través de ellos es posible rastrear y evidenciar lo biocultural, aunque ciertamente hay más cosas en la ciudad biocultural, como los huertos urbanos o las comunas. En el caso de los huertos urbanos, resulta interesante el Proyecto Agricultura Urbana Participativa (AGRUPAR), que ocurre en patios, jardines, terrazas, balcones, macetas, cajones y áreas no construidas, con funciones ecológicas, sociales y económicas como mejora de la cohesión vecinal, trabajo para personas excluidas y, sobre todo, para mujeres, ayuda contra la desnutrición, mejora del paisaje, eficiencia en transporte, comercio solidario, etc. En el marco de ese proyecto público (que no agrupa a todos aquellos que practican agricultura urbana), hasta 2014, en la administración municipal centro había 34 huertos, y 19 nuevos en 2015.

En cuanto a las comunas (y con ellas los modos de vida indígenas que perviven, a veces más, a veces menos transformados, en espacios urbanos, periurbanos y rurales adscritos al distrito metropolitano), en Quito varias han sido englobadas, mas no engullidas, por la expansión, pero conservan tradicionales formas de manejo del espacio y la biodiversidad, chacras y cría de animales, alrededor de formas de organización comunitarias. En el marco de la secular

2 En la investigación de campo colaboraron tres estudiantes de posgrado del Departamento de Desarrollo, Ambiente y Territorio de FLACSO Ecuador: Paola Maldonado, Adrián Soria y Martín Bustamante.



Patio interior del Convento de San Francisco

Fotografía: John Solaro

tradición de intentar eliminar las comunas, en algunos momentos se ha argumentado que esas tierras debían ser distribuidas y privatizadas para aumentar la productividad y lograr el desarrollo del sector agrícola, o ser convertidas en ciudad. Ante esto, Bustamante (1992) opinaba, hace más de 20 años, que: “La madurez de una ciudad probablemente podría ser buscada a nivel de su capacidad de reconocer y combinar los diversos estratos de su estructura espacial”. En la actualidad hay 78 comunas en sitios sobre todo periurbanos y rurales del Distrito Metropolitano de Quito.

La importancia de esos espacios en la construcción de un territorio biocultural puede ser ilustrada con el ejemplo de la Comuna Lumbisí, junto a Quito, donde más de 600 hectáreas son tierras comunales y en las entradas hay carteles que rezan: “Bienvenidos a la comuna de Lumbisí. Aquí no se vende terrenos”. Rodeada de un proceso de expansión urbana en un sector de altísima plusvalía, Lumbisí ha resistido sucesivos intentos de apropiación de sus tierras, con consecuencias en el paisaje y en el patrimonio biocultural.

El patrimonio biocultural a través de los árboles y sitios arbolados

Cuando los españoles conquistaron la ciudad, en 1534, en el actual centro histórico había bosques de cedro (Hidalgo, 2007). Sin visiones forestadoras ni conservacionistas, convirtieron esos cedros y otras especies forestales en iglesias recubiertas de oro, casas y otras edificaciones de gobierno. En 1551 ya ocurrían disputas por las fuentes de madera y leña. Por ejemplo, cuando el Cabildo mandó reprimir a los indígenas que “tomaban” tierras en Uyumbicho (al sur de la ciudad) y demarcó con hitos el espacio. Si los indígenas eran descubiertos talando árboles recibían cien azotes y debían retribuir las tablas perdidas (Andrade, 2003a).

Al tiempo que los árboles eran talados y se disputaban sus remanentes, surgió la primera iniciativa de un espacio público arborizado (para tener un espacio con árboles, pero también para consolidar la posesión castellana sobre un espacio en disputa). Se trata del lugar que hoy llamamos Parque La Alameda, nombre que responde a que en esa primera iniciativa se sembraron álamos europeos (*Populus* sp.).

En 1596 se hizo oficial la creación de La Alameda, pero de aquella fundación quedó poco, quizá porque tener un parque o una alameda no era algo que importaba demasiado en ese momento, pero también porque las especies no se aclimataron. Los álamos no prosperaron, pero sí la idea de tener un espacio con vegetación “a la europea” adscrito a la ciudad. Tras otros intentos fallidos, en 1786 el proyecto comenzó a tener buenos resultados y para mediados del siglo XIX se consolidó con senderos, edificaciones, vegetación organizada y paseantes (figura 1).

En la segunda mitad del siglo XIX ocurrió otro momento importante en la relación árboles-ciudad: la conversión de plazas del centro en parques bajo el gobierno de Gabriel García Moreno (1821-1875), reformador de muchas cosas, positivista, admirador de la cultura francesa, católico. Ese cambio ocasionó tensiones, sobre las cuales James Orton (1870: 76) comentó que cuando García Moreno convirtió la Plaza Mayor [Plaza Grande] en parque, “fue ridiculizado e inclusive amenazado”. Las plazas-parque tuvieron diferentes suertes: en la Plaza Grande aumentó la cobertura vegetal, cambiaron las especies y formas de los jardines, hasta la actualidad, pero en las plazas de Santo Domingo y San Francisco finalmente se retiraron los árboles, y quedaron como las originales plazas mayores castellanas.

En 1892 se trajeron dos jardineros para diseñar La Alameda “a la francesa”, con cipreses. Uno de ellos, Henri Fousseau, trabajó también en la Plaza Grande (Andrade, 2003b). Al igual que con los álamos, con los cipreses se negaba la posibilidad de existir como parte de la ciudad a las especies andinas. Donde se podía construir una naturaleza idealizada, se fortalecían las especies introducidas. Pero no todos los actores fueron seducidos por esa visión de naturaleza,

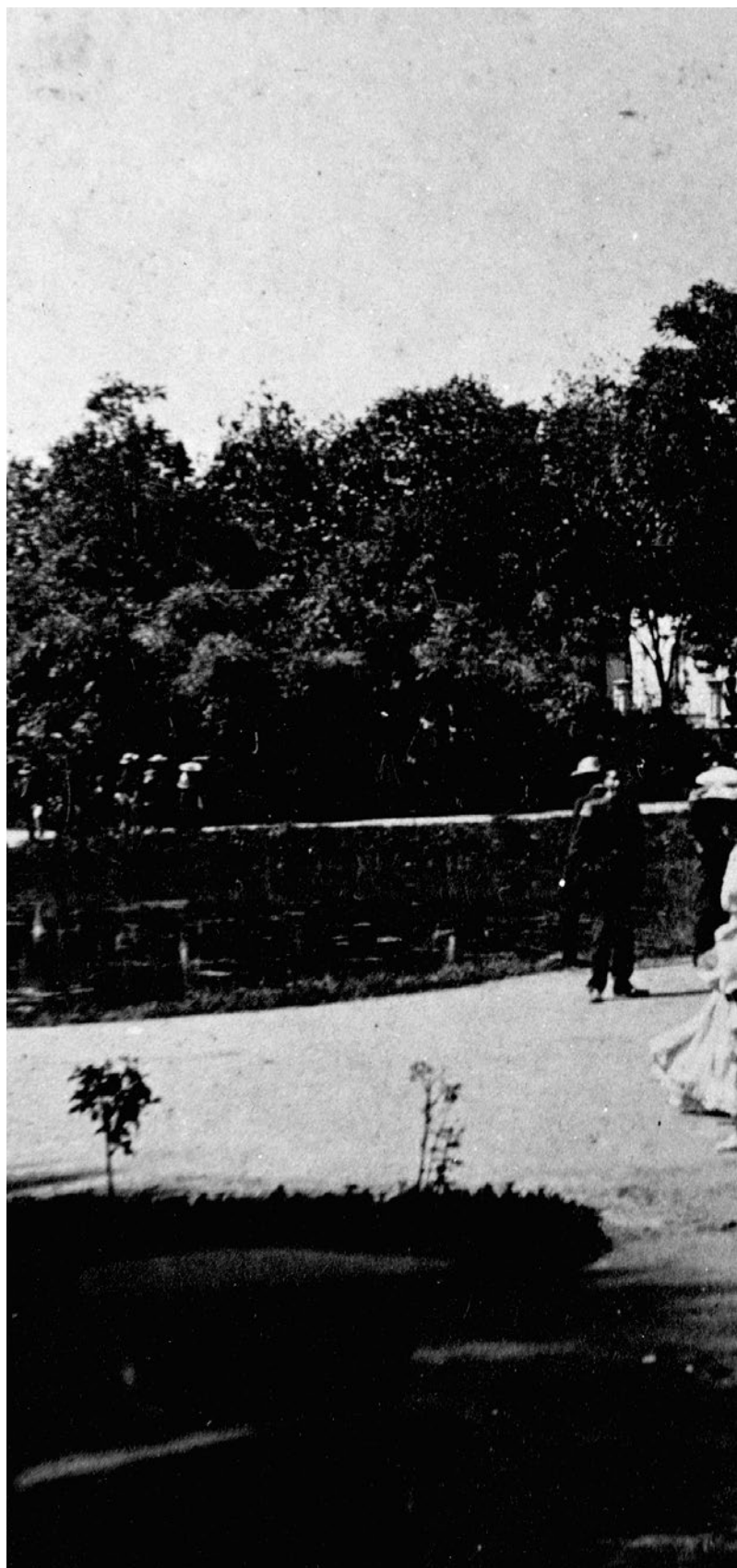




FIGURA 1. Paseantes en La Alameda, c. 1900. Fuente: Fotógrafo anónimo, Archivo Histórico, Ministerio de Cultura y Patrimonio, 80.F0000.0053



Parque Itchimbía

o no sucumbieron del todo, como se constata, por ejemplo, en los siete jardines interiores del vasto complejo franciscano donde hay magnolias, palmas de cera (*Ceroxylon* sp.), coco cumbis (*Parajubaea cocoides*),³ guabas, guantos, junto con los exóticos arupos, araucarias, y con decenas de plantas ornamentales, alimentarias y medicinales nativas e introducidas.

La arborización de los patios de los conventos coincidió, a inicios del siglo xx, con la arborización de parques, creados cuando comenzaba la expansión hacia el norte. De ser un sitio sin árboles, el Parque el Ejido (antes Parque de Mayo) hoy es un espacio sumamente arborizado de la ciudad; alberga 127 árboles patrimoniales, casi la mitad del total de la ciudad; si bien la mayoría son especies exóticas (sobre todo platanos y cipreses), también hay cedros y algún nogal. Y no solamente El Ejido fue reforestado: uno de los nuevos barrios colindantes, La Mariscal, creado por y para las familias pudientes, tuvo como objetivo ser una ciudad-jardín. Más allá de construir una exclusividad (pues el barrio de viviendas populares colindante, la Ciudadela América, carecía de estos jardines), se destaca que se consideraba adecuado vivir en un sitio con vegetación, jardines, avenidas arboladas o ajardinadas.

La ciudad se desbordaba desde el centro hacia el norte y sur, y el Municipio contrató al urbanista uruguayo Guillermo Jones Odriozola para que realizara el Plan Regulador de 1942, en donde propuso una ciudad con barrios unidos por un sistema viario y verde dentro de un esqueleto geográfico. La Alameda y El Ejido serían “una realidad mucho más bella el día que los dos parques estén unidos por zonas arboladas y canteros de flores”. Piedra angular de su proyecto eran parques, jardines y avenida-parques que conformaran un “sistema total que nos permitiera recorrer toda la ciudad por medio de “verdes” que se irían enlazando unos con otros y proporcionando, por lo tanto, la facilidad y belleza del paseo entre plantas y flores” (Odriozola, 1949).

La ciudad, que había destruido la vegetación de su interior y contornos, soñaba con barrios-jardín, avenidas de árboles y parques, pero eso apenas se logró. La expansión desordenada fue más fuerte que la planificación; si en 1940

la mancha urbana apenas rozaba las faldas de la montaña, a partir de entonces los relictos de bosque y matorral, las tierras rurales, laderas y quebradas al norte, sur, este y las laderas del oeste, fueron dando paso a urbanizaciones formales e informales. Las sucesivas planificaciones fueron pasadas por alto, con el penoso resultado de un predominio actual de ciudadelas de bloque de cemento, sin verde en las veredas, menos en las calles. De poco sirvió que en 1971 se limitara el crecimiento a la cota de provisión del sistema de agua potable (a 2.950 m de altitud), o que en 1980 se mencionara como zona ecológica protegida las faldas del Pichincha. El paisaje del contorno urbano, arrasado sucesivamente en tiempos coloniales y republicanos, transformado en pastos y eucaliptos con algunos remanentes de matorral y bosque andino, fue transformándose en una insustentable expansión urbana.

Esa fue la dinámica dominante (y aún lo es), aunque desde la década de 1990 se dieron respuestas ante el desastre ambiental, merced a un gobierno local altamente sensible al tema y una ciudadanía que actuaba en esos gobiernos desde una perspectiva ambientalista. Si bien la ciudad contaba con algunos parques, el giro ocurrió en 1992 con la declaración del Parque Metropolitano Guangüiltagua sobre 550 hectáreas. En años siguientes, hasta nuestros días, se han creado más parques de diferentes escalas y tipologías.⁴ El hecho de que 125 hectáreas de lo que fue el aeropuerto de Quito hayan sido destinadas a un Parque Bicentenario da cuenta de la apertura hacia el verde urbano.

Un espacio que ilustra el cambio de paradigma no solamente hacia el verde sino hacia la biodiversidad nativa, es el Itchimbía, loma emblemática de la ciudad, colindante con el centro. El asentamiento irregular que habían realizado 300 familias fue reubicado desde 1998. En 2002 comenzó a funcionar el parque; como toda la cobertura vegetal había sido arrasada, su reforestación ha ocurrido íntegramente con especies andino/tropicales, muchas con usos medicinales o alimentarios. Se han sembrado más de 75 mil plantas, de las cuales ninguna es ciprés, pino o eucalipto: sólo árboles, arbustos y hierbas de los páramos y bosques andinos. Esa estructura de la vegetación no solamente es estética sino que provee hábitat para la fauna.

3 El coco cumbi, la palma más frecuente en el centro, cuyos cocos solían ser comidos por la gente, actualmente solo se encuentra en estado domesticado (De la Torre, 2013).

4 Itchimbía (58 hectáreas), Rumipamba (43 hectáreas), Metrosur (750 hectáreas), Armenia (48 hectáreas), Las Cuadras (24 hectáreas), Chilibulo-Huayrapungo (313 hectáreas), Cuscungo (12 hectáreas), Parques Lineales (en riberas del río Machángara, sobre todo), entre otros.

El cambio en la relación árboles/ciudad también ocurrió en torno a las quebradas, desde c. 2000, cuando se restauraron varios kilómetros del degradado río Machángara, convirtiendo sus riberas en parques lineales. En la parte que pasa por el barrio Villaflores, lo que era un sitio de miedo, con mal olor e inseguridad, es ahora un bello lugar de recreación con canchas deportivas, escenarios artísticos, arbustos y árboles. Lamentablemente su restauración y cuidado fueron dejados de lado en la década de 2010, paradójicamente al tiempo que en 2012 se declaraba al Sistema de Quebradas como Patrimonio Natural, Histórico, Cultural y Paisajístico...

Otra restauración ocurrió en Yaku Parque Museo del Agua, espacio público, al lado del centro. Aquello que era una ladera pelada en el año 2009, se ha convertido en un microbosque andino donde llegan o viven por lo menos 27 especies de aves, lagartijas, culebras, invertebrados, ranas, testimonios de que se está intentando tener una ciudad con biodiversidad.

En algo hemos sabido reaccionar, aunque todavía vemos una tensión entre depredación y conservación, y en relación con el tipo de naturaleza que queremos en

la ciudad. La pervivencia de la colonialidad en la forma de construir el territorio se aprecia, por ejemplo, en la más o menos reciente “tradicción” de adornar los balcones de la ciudad con geranios surafricanos (*Pelargonium* spp.). Esta acción ha llevado incluso a que se declarara a Quito “Ciudad de los Geranios” (Concejo Metropolitano, 2013a), sin notar que la gran mayoría de aquellos exhibidos en los balcones son especies exóticas y casi no aparece el geranio nativo *Geranium chilloense*. Contrasta esto con las ordenanzas que apuntan a fomentar las plantas nativas de la ciudad como la orquídea maywa de Quito, o la salvia de Quito (Concejo Metropolitano, 2013b). Esta construcción de identidad, a partir de una especie introducida de Suráfrica, ilustra la poca sapiencia de los quiteños sobre su flora, aunque ha sido interesante que, tras entregar el informe extenso sobre esta investigación al IMP, su directora compareciera públicamente explicando el asunto de los geranios introducidos, y recientemente se han promovido celebraciones alrededor del taxo (*Passiflora tripartita*), declarada flor de la ciudad en 2010. A veces solamente se trata de compartir las ideas.



Geranios surafricanos en balcones del centro histórico de Quito

Fotografía: Nicolás Cuvi

Hacia ciudades patrimoniales bioculturales

Aquello que en Quito llamamos “patrimonio” por su singularidad, excepcionalidad y heredabilidad, y alrededor de lo cual elaboramos políticas públicas y tratamos de actuar en consonancia, responde a una cosmovisión que divide cultura y natura, e invisibiliza a la última. Sucede que “la ciudad moderna ha sido cultural y materialmente construida como si estuviese desprovista de naturaleza” (Gallini y Osorio, 2015), y posiblemente eso también ocurre en los otros 835 patrimonios culturales que existían hasta septiembre de 2015, según la UNESCO, además de 214 naturales y 34 mixtos.

La visión de patrimonio natural o cultural, con apenas el 3% mixto, parece incompleta en el siglo XXI, ante un giro ontológico y epistemológico que invita a aprehender que natura y cultura no funcionan de manera aislada, que ensamblan sistemas socioambientales, híbridos, asociaciones humano/no-humano, entre otras formas de llamarlo, y que entenderlo resulta crucial para aumentar la resiliencia. Los patrimonios culturales no carecen de naturaleza y viceversa. Está claro que en la ciudad quiteña colonial destacan las edificaciones, tradiciones y otros elementos, pero éstos funcionan asociados con la biodiversidad, la agrodiversidad, sus contornos rurales, sus refugios de vida en quebradas, lagunas, parques, etc. Pero si coincidimos en que la exacerbación de la comprensión compartimentalizada de natura y cultura es parte de los legados desafortunados de la modernidad europea, el urbanismo y la industrialización, no resulta descabellado pensar que algunas alternativas pasen por eludir formas dualistas-maniqueas de entender el mundo, y por construir una cultura de la naturaleza, un reconocimiento de lo ambiental y/o la naturaleza desde la alteridad, desde los derechos de lo no humano, desde nuevos lenguajes para nombrar esas asociaciones, y no solamente desde una descripción, apropiación y gestión naturalista. Esto puede ocurrir en sitios rurales, silvestres y en ciudades.

Parece que muchas ciudades, patrimoniales o no, sean megalópolis como São Paulo y México, las enormes Buenos Aires, Bogotá, Caracas y Lima, u otras de menor tamaño, pero que también llamamos grandes como Quito, y los cientos de aglomeraciones de menos de un millón de habitantes, podrían apoyarse en el enfoque biocultural para aunar en la superación de cuestiones estructurales comunes. Reconocer y promover el derecho de la biodiversidad de la ciudad y nuestro propio derecho a la biodiversidad en la ciudad, especialmente en espacios públicos, seguros, habitables, es otra baza a considerar ante problemas estructurales como la pobreza, violencia, exclusión, desigualdad, contaminación, obesidad, sedentarismo, depresión y otros trastornos psicológicos.

Pensemos que la falta de contactos con la naturaleza estaría ocasionando problemas como que los adolescentes en Los Ángeles sean más capaces de identificar un arma por su detonación que un ave por su canto (Byrne, 2011). Y no quiero decir que la biodiversidad es lo único a lo cual debemos prestar atención. Sin duda, territorios como el centro de Quito, requieren intervenciones complejas en sus edificios, en el control de actividades ilícitas, en la vulnerabilidad ante sismos y eventos volcánicos, en los sistemas transformados por la contaminación o en el relleno de quebradas. La idea es, en ese escenario, considerar que la biodiversidad puede coadyuvar a superar esos problemas.

Un enfoque biocultural de la ciudad, al tender a recordar, revalorar y reaprovechar la flora y fauna nativa, puede construir nuevos paisajes, mejor adaptados y con nuevos sentidos, nuevas memorias que ayuden a decolonizar la

ciudad latinoamericana. El regreso de la biodiversidad nativa podría ayudar a romper hilos de la compleja telaraña que supone la colonialidad, entendida por Aníbal Quijano (2000) como el asunto que cruza todos (o casi todos) los problemas estructurales de América Latina. Esto no supone exterminar las especies exóticas de parques y jardines, sino complejizar el manejo del verde, algo que en Quito parece estar cambiando.

Pero antes que eso, en sitios como el centro histórico de Quito es necesario superar la recurrente invisibilización de la naturaleza, nativa o exótica. En las historias sobre el espacio se alude al comercio, a las casas y sus dueños, a los religiosos y sus iglesias, con apenas alguna alusión aislada a jardines y huertos de los conventos, y ninguna a los jardineros y las mujeres a cargo de los espacios verdes privados. En esas historias lo natural pareciera invisible, invisibilizado como tantas otras cosas en el mundo colonial. No importa si se sustituyeron cedros por pinos, plazas por parques, bosques y sembríos por zonas urbanas, quebradas por avenidas, o especies nativas por exóticas, sino el arribo de teléfonos, electricidad y medios de transporte. Como si los árboles no existieran, o no se quisiera que estén, son fantasmas en la ciudad de piedra, adobe y concreto, donde sólo la vida humana parece importante. Los otros seres vivos y el agua, el aire, han sido silenciados de las narrativas y de los mapas, soterrados como las quebradas, como los desecados humedales, relegados al papel de figurantes, como mucho.

Esas narrativas no son completamente acertadas: he ilustrado que la ciudad ha pasado por procesos de borrón y/o conservación de la naturaleza, y por transformaciones de la idea sobre el tipo de naturaleza que es apropiada para la urbe y sus contornos. Quizá convenga reflexionar sobre cómo reconstruir ese vínculo desde nuevas narrativas, asociando el verde nativo con una idea diferente de modernidad. Quizá requerimos una idea distinta, diferente de la misma idea de “Modernidad” (con mayúsculas), entendiendo que flora y fauna nativas no son signo de atraso y son perfectamente compatibles con el deseo de construir territorios urbanos para conversar, conocer, crear, innovar, disfrutar.

Una gestión de territorio patrimonial biocultural urbano podría llevar a que no se cuiden solamente las iglesias, calles y piedras, sino también plantas, animales, quebradas y lomas, y lo inmaterial asociado con ellas, con la misma dedicación. La legislación, normativa e institucionalidad actual de Quito están enfocadas hacia una gestión de la biodiversidad, pero para que sea una tendencia más allá de declaraciones, para que sea una praxis, se requiere de un entusiasmo viral entre habitantes y gestores. Se requiere más educación, capacitación y comunicación sobre los valores de la biodiversidad urbana, entre estudiantes, funcionarios, técnicos y urbanistas. Y reforzar los imaginarios positivos, superando los que consideran que los árboles son negativos, que rompen veredas y ensucian calles, que al caer

pueden herir o matar personas, que entre ellos medran delincuentes. O que la naturaleza andina es un símbolo de atraso. Todo eso implica la formación de profesionales en arquitectura del paisaje, ecología urbana y urbanismo sustentable. Por el contacto estrecho entre comuneros y vecinos, entre agricultores y consumidores urbanos. ¡Por tener más agricultura y comida sana en la ciudad!

La educomunicación y capacitación deben materializarse en inversiones e intervenciones técnicas, que evidencien las funciones y valores de la biodiversidad urbana nativa. Bosques urbanos, techos verdes, jardines verticales, corredores de fauna, restauración ecológica, agroecología urbana, aviturismo, son estrategias que deben ser apuntaladas con políticas sobre uso del suelo, diseño del paisaje, infraestructuras que no pongan el capital sobre las personas ni sobre la naturaleza, sino en ellas. En un plano ontológico, requerimos pasar de la idea de “especies que tenemos” a la de “especies con las que compartimos”, superando las di-

cotomías ciudad/campo, ciudad/jardín, ciudad/plantación, ciudad/bosque, construyendo territorios que en su constante –y parece que inevitable– desbordamiento, integren la ruralidad, y no se opongan a ella.

La bioculturalidad parece un marco de oportunidad para repensar la gestión y planificación de las ciudades en América Latina, y de modo particular la idea de patrimonio de la humanidad según la UNESCO. Puede ser una oportunidad para repensar las trayectorias presentes y futuras de sitios que albergan poblaciones dinámicas y entusiastas como Cuzco, La Habana, México, Ouro Preto, Puebla, Santo Domingo, Sucre, Valparaíso, entre otras ciudades latinoamericanas. Y como dijo Guillermo Jones Odriozola en el primer documento de planificación urbana de Quito en 1942: “Ese futuro próximo no es algo en lo que debemos pensar y sobre lo cual se nos tiene que agradecer, sino que es algo sobre el cual **tenemos la obligación de pensar y de prever**” (Odriozola, 1949, negritas en el original).

La bioculturalidad parece un marco de oportunidad para repensar la gestión y planificación de las ciudades en América Latina, y de modo particular la idea de patrimonio de la humanidad según la UNESCO. Puede ser una oportunidad para repensar las trayectorias presentes y futuras de sitios que albergan poblaciones dinámicas y entusiastas.

Referencias

- Andrade M., Luciano (2003a). “Los ‘montes’ de la ciudad de Quito”, en *La lagartija que abrió la calle Mejía: historietas de Quito*: 59-61. Quito: FONSAI y Grupo Cinco.
- _____ (2003b). “Remodelaciones coloniales de la Alameda,” en *La lagartija que abrió la calle Mejía: historietas de Quito*: 77-80, Quito: FONSAI y Grupo Cinco.
- Bustamante, Teodoro (1992). “Las comunas en las ciudades. ¿Tienen algún sentido?”, en *Quito. Comunas y parroquias*: 15-26. Quito: Municipio de Quito y Junta de Andalucía.
- Concejo Metropolitano de Quito (2013a). Resolución 193. Quito: Concejo Metropolitano de Quito.
- _____ (2013b). Resolución 784. Quito: Concejo Metropolitano de Quito.
- Chiesura, Anna y Joan Martínez-Alier (2011). “How much is urban nature worth? And for whom? Thoughts from ecological economics”, en *The Routledge Handbook of Urban Ecology*, editado por Ian Douglas, Davi Goode, Michael C. Houck y Rusong Wang: 93-96, Nueva York: Routledge.
- FLACSO Ecuador y PNUMA (2011). *Perspectivas del ambiente y cambio climático en el medio urbano. ECCO Distrito Metropolitano de Quito*. Quito: FLACSO Ecuador, Fondo Ambiental del Municipio de Quito y PNUMA.
- Gallini, Stefania y Carolina Castro Osorio (2015). “Modernity and the Silencing of Nature in Nineteenth-Century Maps of Bogotá”. *Journal of Latin American Geography*, vol. 14, núm 3: 91-125.
- Hidalgo N., Fernando (2007). *Descripción y fuentes históricas de los antiguos bosques del Ecuador*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- IMP (Instituto Metropolitano de Patrimonio) (2013). “La invención del centro histórico. Concurso de ensayos de investigación”. Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio.
- Odriozola, Guillermo Jones (1949). “Ante proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito. Memoria descriptiva que presenta el arquitecto urbanista Sr. Guillermo Jones Odriozola para la remodelación y urbanización de la ciudad”, en *Plan Regulador de Quito. Memoria descriptiva. Opiniones de los técnicos nacionales y extranjeros. Reformas aprobadas por el Concejo*. Quito: Imprenta Municipal.
- Orton, James (1870). *The Andes and the Amazon: or, Across the Continent of South America*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Pickett, Steward T.A., Mary L. Cadenasso y Brian McGrath, eds. (2013). *Resilience in Ecology and Urban Design. Linking Theory and Practice for Sustainable Cities*, Nueva York y Londres: Springer.
- Quijano, Aníbal (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, compilado por Edgardo Lander: 201-246. Buenos Aires: CLACSO.
- REPB (Red de Etnoecología y del Patrimonio Biocultural de México). (2015). “Introducción a la Red Temática de Investigación sobre Etnoecología y Patrimonio Biocultural” Consultado en septiembre de 2015. <<http://etnoecologia.uv.mx/INTRODUCCION/seccINTRODUCCION/Introduccion.html>>
- Swyngedouw, Erik (1996). “The city as a hybrid: On nature, society and cyborg urbanization”. *Capitalism Nature Socialism*, vol. 7(1), núm. 25: 65-80.
- Toledo, Víctor M., y Narciso Barrera-Bassols (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Junta de Andalucía e Icaria.